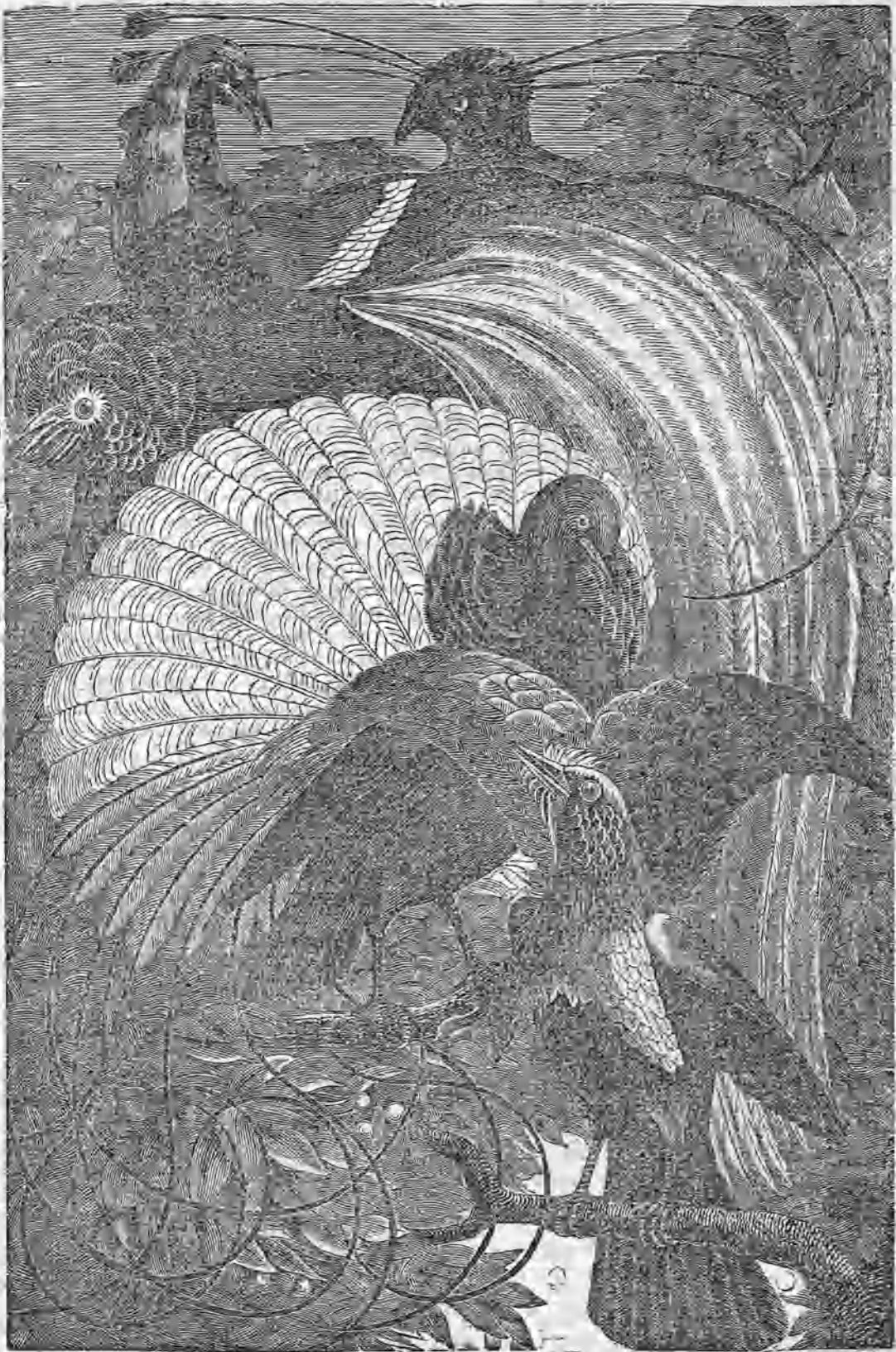


HISTORIA NATURAL.



LAS AVES DEL PARAISO.

1. *Paradisæ apoda*, y más conocida por el nombre *Esmeralda*. 2. *Paradisæ auræ*, llamada *seis hilos*, por las seis plumitas de la cabeza. 3. La *incomparable*, descrita por M. Le Vaillant. 4. La *nebulosa*, descrita por el mismo.

5. *Paradisæ superba*, ó la *soberbia*.

Segunda serie. — Tomo III.

31 de octubre de 1841.

LAS AVES DEL PARAISO.

Es toda la historia natural no se hallará una especie que haya confundido mas á los antiguos naturalistas que la *manucodiata*, mas generalmente conocida por el nombre de *Ave del Paraíso*. Que el hombre ignore la formacion de las piedras ó metales preciosos no es extraño, porque el proceso de la naturaleza en tales producciones nos está oculto, y quizás se requeriran muchos siglos para obtener su última perfeccion; pero suponer que un pájaro está privado de patas, mantenido del rocío, y suspendido siempre en una atmósfera pura distinta de la que nos rodea, es á cuanto puede llegar la inclinacion del hombre á todo lo maravilloso ó sobrenatural. Los naturalistas del siglo XV veían el esqueleto de un pájaro mas brillante con mucho que el pavo real, cubierto de manchas de los visos mas delicados, alas mas semejantes á hilos de oro y seda que á plumas; plumas largas y ensortijadas, cayendo hacia atrás, y finas como cabellos; otras nacidas en la cabeza y estendiéndose como alambre de oro bruñido; é imaginando que un animal con tan delicados adornos no podría resistir una ráfaga de viento, un grano ni una gota de agua, no hallaron pais alguno apropiado para su habitacion, sino un paraíso donde toda fuera tranquilidad y delicia. Veamos el origen de estas conjeturas.

Descubiertas las Indias orientales por los europeos, las producciones mas raras fueron por consiguiente los primeros artículos de aquel comercio. Las especias finas eran sumamente apreciadas, y buscándolos de isla en isla, llegaron á las Molucas, donde se hallan en abundancia las mas raras. Algunos comerciantes portugueses, al ver las alas y plumas sueltas de estas aves en manos de los indios, preguntaron con ansia por el pájaro que los criaba, lo que bastó para que los naturales fuesen á los bosques á cazarlos. Los isleños no siendo naturalistas solo miraban el precio que podían obtener en la venta, y conociendo que las patas de estas hermosísimas aves son disformes y feas, se las cortaron para que los europeos no pudiesen falta, y bajasen los precios. Un engaño como es natural condujo á otros; los comerciantes viendo aquellos pájaros sin patas, preguntaron por ellas, y los indios que las habian traído por su interés, aseguraron que estas aves no tenían semejante cosa. En un pais nunca descubierto, cuanto se vé y cuanto se oye es maravilloso; y así aunque cosa extraña, la carencia de patas en un pájaro, fue creída por los navegantes.

Traidos los esqueletos con plumas á los mercados de Europa, los cogidos comerciantes engañaban á los compradores; así pues fue generalmente creído su cuento; el pájaro por su forma fue llamado *manucodiata*, y su estremada delicadeza le hizo conocer vulgarmente por *ave del Paraíso*, hasta que por último los naturalistas descubrieron la verdad, y se le hicieron confesar á los supercheros indios: la *manucodiata* fue espelida del jardín de delicias, y lanzada á buscar insectos en las cálidas islas de las especias, aunque reteniendo el nombre de *ave del Paraíso* para mengua de sus primeros descubridores.

Hay dos especies de estas aves: una del tamaño de una paloma al parecer, aunque su cuerpo no es mayor que un tordo; la otra especie es del grandor de una calandria. Los naturalistas que acompañaron á la expedicion francesa en 1817 describieron con bastante exactitud las propiedades de esta ave: vieron muchas de ellas en la isla de Vajion en Nueva Guinea, y observaron que pertenecen á la clase de los omnívoros. Su alimento principal son frutas é insectos, Gus-

tan vivir en las partes mas inaccesibles de los bosques, y cuando el tiempo está sereno, posan sobre las ramas mas altas de los árboles. Vuelan con gran rapidez y constantemente contra el viento, porque de otro modo sus hermosas plumas les caerian sobre la cabeza, y les impedirian el vuelo. Cuando presienten por su instinto alguna tormenta, se retiran á parage seguro. Tienen un arroyo extraordinario, y siempre están dispuestas á atacar á cualquier ave de rapiña que se acerque á ellas. Ni hay ejemplo de haber domesticado alguna, ni se tiene noticia alguna de sus nidos, huevos, incubacion, &c.

En el grabado que va por cabeza se ven algunas de las mas espléndidas con los nombres que Le Vaillant les da en sus obras. La especie número 1 es muy notable por la hermosura de su plumaje, compuesta de los colores mas brillantes, y se distingue por los filamentos largos y encorvados que salen de debajo de las alas y se estenden de media vara á tres enantas de largo. — El número 2 se caracteriza por los seis filamentos que le adornan la cabeza. Los números 3 y 4 son copiados de la obra de M. Le Vaillant; este último está representado en el acto de ostentacion de un magnífico plumaje á la manera que el pavo real lo hace con su cola. El número 5 exhibe la naturaleza y estructura del ave del Paraíso. La paletina que le cubre el pecho y la especie de abanico sobre las espaldas son absolutamente independientes de las alas; el pájaro las abre ó las cierra á su antojo, y no parece que estos adornos le sirven para el vuelo. Las que tienen sobre las espaldas caen y asientan sobre parte de las alas como un cuello de espa.

Los vistosos plumajes de estas aves en sus variadas especies han contribuido al lujo, y excitado en el bello sexo un vehemente deseo de poseerlas, por lo que el esqueleto con todas sus plumas forma un artículo de comercio considerable en las islas de Nueva Guinea y Molucas, donde los naturales las cogen con redes, ó las matan con flechas de cañas preservando el cuero ó mas bien el esqueleto con plumas de un modo particular. Luego que han cogido la cantidad suficiente de la tarea del dia los desentrañan y cortan las patas, é introduciendo un hierro caliente en el cuerpo, secan la humedad de la carne que ha quedado, sin dañar las plumas: despues llenan la cavidad con sal y especias, y preservados así, los venden á los europeos por una friolera. La estacion mas propia para la caza de estas aves es cuando los árboles estan cargados de nuez moscada; entonces vienen en grandes bandadas, y es mas fácil cojerlos, porque la fuerza de la nuez, como observa Tavernier, los entosiga tanto que caen al suelo sin sentido.

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS.

III.

EL MAR ARTICO.

Restablecida la paz en Europa en 1814, fijó la atencion del almirantazgo inglés la agitada emestina del mar Artico. La posibilidad de efectuar el pasaje Noroeste por la América, habia crecido con la noticia de la desaparicion de una enorme masa de hielo que formaba la supuesta barrera con que la naturaleza habia cerrado el paso en aquellas latitudes, por lo que el gobierno inglés resolvió mandar dos expediciones, una al estrecho de Davis para que navegando cuanto fuese posible hacia el Norte, tomase luego el rumbo hacia el N. O., buscando el estrecho de Behring; y

la otra directamente al Norte cuanto fuese practicable por entre el continente de América y la isla de Spitzbergen, y pasado el mar Glacial, dirigirse tambien al estrecho de Behring.

Cuatro barcos mercantes fueron tomados á flete por el gobierno, y comisionados á la empresa: la *Isabela*, de 385 toneladas, mandada por el capitán *Juan Ross*, y el *Alejandro*, de 252 toneladas, mandado por el teniente *Eduardo Parry*, fueron destinados para la mar interior, y la *Dorothea*, de 382 toneladas, al mando del capitán *Buchan*, y el *Trento* de 249 toneladas, mandado por el teniente *Franklin* para el viaje exterior de Groenlandia.

Reparados y fortalecidos estos barcos cuanto el arte de construcción púda sugerir, y abastecidos con todo lo necesario para dos años, se hicieron á la vela en 18 de abril de 1818, partiendo de Londres para sus respectivos destinos con la mayor confianza de buen éxito, y la esperanza de ganar el premio que para este caso habia prometido el Parlamento. Sin embargo, en octubre siguiente regresó el capitán sin haber logrado su intento. Los barcos bajo su mando se remontaron hasta la latitud $80^{\circ} 30'$, cuando una tempestad tremenda los llevó contra los bancos de hielo desarbolando la *Dorothea* y maltratándola de tal modo que fue necesario volverse á Inglaterra, acompañada del *Trento* por temor de que naufragara en su vuelta.

El resultado de la expedición del capitán Ross fue menos desastroso. Entrando por el canal del Estrecho de Davis hallaron que el hielo iba aumentando á tal punto que casi imposibilitaba la navegación, hallándose rodeados los barcos de enormes bancos de nieve. Pero la perseverancia e intrepidez de aquellos marinos vencieron los obstáculos que se les oponian, hasta llegar á la isla *Waygat*, adonde desembarcaron para hacer observaciones astronómicas. De allí continuaron costando hacia el Norte hasta la latitud 56° , donde quedaron sorprendidos al ver una cuadrilla de indios que venian acercándose á los barcos por el hielo, y luego fueron á recibirlos en paz. Tal era la ignorancia de aquellos salvajes, que hasta entonces se creian los únicos habitantes de la tierra. "No hay raza de indios, dice el capitán Ross, mas feos que estos; porquísimos en extremo; cubiertas las caras, manos y cuerpos con aceite y polvo, parece no haberse lavado ni una sola vez desde que nacieron."

Procediendo los navegadores en su empresa quedaron admirados al ver montones de nieve colorada, que derretida parecia vino de Oporto, y traída una porción á Inglaterra se halló por examen de químicos y naturalistas que su color procedia de la vejétation de un líquen estremamente menudo criado sobre la nieve. Despues de haber reconocido varias enseñas, llegaron á la sonda de *Smith*; el rumbo hasta entonces habia sido al Oeste, pero despues fue dirigido al Sur. La navegación se halló ahora franca, habiendo poco hielo en la mar y mucho fondo de agua: luego entraron por la sonda de *Lancaster*, y en 30 de agosto hallaron un canal de cerca de cincuenta millas de ancho, cuyo aspecto llenó de alegría á la expedición; pero; cuán vanas son las esperanzas del hombre, cuando solo estan fundadas en su deseo! Despues de haber navegado diez leguas, descubrieron una cordillera de montes que formaba el fondo de aquel canal, de donde volvieron tan desanimados como contentos habian entrado. Llegado el mes de octubre resolvieron volver á Inglaterra despues de una ausencia de seis meses.

El público criticó altamente al capitán Ross de haber abandonado la empresa precisamente cuando mejor aspecto presentaba, y aun el gobierno mismo censuró de descuido el no haberse acercado al pie de la supuesta cordillera, ni haber examinado la costa occidental de la bahía de *Baffin* para corregir ó mejorar la geografía de aquella costa en las cartas marítimas.

Resuelta por el gobierno otra expedición se equiparon dos buques, el *Hecla*, de 375 toneladas, y el *Gripper*, de 180; y abastecidos para dos años, se pusieron al mando del capitán *Parry* como comandante y compañero del capitán *Ross* en el viaje precedente; y el teniente *Liddon* fue nombrado para el *Gripper*. Estos dos barcos partieron de Inglaterra en 11 de mayo de 1819, y á principios de agosto llegaron á la sonda de *Lancaster*, á la que llamaron *Barron Strait*, y en el primer día pasaron los límites del viaje anterior continuando hasta longitud $89^{\circ} 18'$ Londres, donde descubrieron una isla por la proa, desde la cual corría una completa barrera de nieve hasta la tierra del Norte, no pudiendo por consiguiente avanzar por el Oeste. Habia sin embargo un brazo de mar abierto todavía á la parte del Sur, al que llamaron *Abra del Principe Regente*, y entrando por este canal, se observó que la aguja de mariner perdió su virtud directiva, quedando inútil para la navegación, guiando entonces el rumbo por las observaciones del azimut del sol y el tiempo aparente. Despues de proseguir por el *Abra del Principe Regente* como 120 millas, se hallaron enteramente detenidas por el hielo, y volviendo al estrecho de *Barron* hallaron con sorpresa que la barrera de nieve que les habia impedido avanzar por el Norte de la isla habia desaparecido, y navegando por allí, descubrieron un canal que llamaron *Wellington*, en el que no veían ni tierra ni hielo.

La apariencia del pasaje deseado parecia ahora muy probable, y navegando con mucha dificultad á causa de las nieblas, despues de pasar varias islas, llegaron á una que llamaron *Melville*, y en el día 4 de setiembre cruzaron el meridiano 110° longitud Oeste de Londres, ganando el premio de 25,000 pésos, uno de los ofrecidos por el Parlamento, y haciendo mas esfuerzos llegaron hasta la longitud $112^{\circ} 51'$, cuando los obstáculos se hicieron tan insuperables que resolvieron volver atras, y ciertamente que no se anticiparon demasiado, pues cuando llegaron á la bahía llamada de *Hecla* y *Gripper* ya tenia siete pulgadas de grueso, siendo necesario abrir con sierras un canal de tres cuartos de legua para el paso de los buques al lugar donde debian quedar.

Establecidos ya en los cuarteles de invierno, donde debian permanecer ocho ó nueve meses, tres de ellos sin ver el sol, fue necesario tomar todas las precauciones necesarias para la seguridad de los barcos, y preservar las provisiones. Se desarbolaron los buques, y sobre la cubierta de cada uno de ellos se formó un techo de tabloncillos forrándole con paño muy grueso, y para mantener el calor y desterrar la humedad se dispusieron estufas en lugares convenientes. La distribución de las provisiones se arregló con economía y con sujeción á reglas sanitarias; cuidóse estremadamente de la limpieza personal, y se adoptaron los demas medios oportunos para descubrir y remediar cualquiera aparición de escorbato. Hacíase diariamente ejercicio en tierra, y si el tiempo no lo permitia, solia suplirse con saltos y danza en la cubierta; las partidas de caza eran tambien frecuentes, y para evitar el tedio se representaban comedias, y cada semana se imprimía á bordo una gaceta titulada "*Las crónicas de un invierno*." Por estos medios procuraban vencer la desagradable monotonia de su triste existencia, que segun el capitán *Parry*, "era una muerte lenta de la mas terrible desolación, una privación total de existencia animada."

El año nuevo empezó con tiempo suave, y la aurora boreal hizo entonces su aparición, particularmente en 15 de enero en que fueron sorprendidos con la vista mas brillante y variada de este fenómeno entré todas las que se observaron durante aquel año. En 3 de febrero se vió por la primera vez desde la cofa del palo mayor del *Hecla* el limbo superior del sol, que habia estado bajo el horizonte desde 11 de noviembre. En 30 de abril subió el termómetro al punto de comenzar el deshielo, pero hasta 1.^o de agosto no

podieron salir los barcos del puerto. Se tomó entonces el rumbo hacia el Oeste, pero el estado del hielo era tal que detenía la navegación á cada milla, de modo que costó 16 días de continuo esfuerzo para llegar á la longitud de $113^{\circ} 47'$ en latitud $74^{\circ} 28'$ cuando se vió que era impracticable continuar la expedición, y consiguientemente se resolvió volver atrás á la primera oportunidad, asegurando los barcos por algunos días. En una ocasión se descubrió una manada grande de ganado, y se mandó una partida en caza de ellas, logrando matar dos toros, uno de los cuales dió 355

libras de carne, la que sin embargo del fuerte olor á almizcle fue un regalo para la tripulación.

En 26 de agosto se hicieron los barcos á la vela por el Este, y en el 31 se hallaron fuera de la Sonda de Lancaster, é inmediatamente se comenzó el reconocimiento de la costa occidental de la bahía de Boffin, continuando hasta la latitud 63° cuando hallando imposible el saltar á tierra ni continuar el reconocimiento, hicieron rumbo para Inglaterra donde llegaron á principios de noviembre, siendo recibidos con alegría general.



EL HOTENTOTE.

Aos cuando el Cabo de Buena Esperanza fue descubierto por los portugueses en 1493, no llegó á establecerse en él colonia europea hasta mediados del siglo XVII. Los holandeses, bajo las órdenes del cirujano Van Richeek, fundaron el primer establecimiento, pues que los portugueses habian estado disgustados allí desde el principio por los combates que habian sostenido con los naturales de aquel país.

La compañía holandesa no pensó desde luego mas que en el partido que pudiera sacar del cultivo de aquel suelo; pero á medida que las ventajas se hacian mas evidentes, los europeos aumentaron sus posesiones hasta el punto de relegar la poblacion indígena á los áridos desiertos donde se refugian los Namacqueses errantes y las hordas de los Bushmanes. En estos desiertos es donde los ha visitado el célebre viajero francés Levillant, á quien debemos la mayor parte de los detalles que siguen.

El hotentote tiene los juanetes de las mejillas muy prominentes, y la mandíbula por el contrario estremadamente estrecha; así es que su fisonomía vá en disminucion hasta la punta de la barba. La nariz aplastada no pasa en al-

gunos de seis líneas de longitud, y los agujeros son estremadamente abiertos; la boca es grande y poblada de menudos dientes en figura de perlas, de una blancura sorprendente; los ojos hermosos, aunque algo inclinados hacia la nariz: el hotentote es perfectamente proporcionado; su marcha es graciosa y flexible; las mujeres son igualmente bien formadas, y sus brazos, manos y pies estan modelados con una delicadeza que no era de esperar entre ellas.

El hotentote demuestra generalmente una sangre fria, y conserva una presencia de ánimo reflexivo y reservado: se ocupa con el mayor esmero en la custodia de sus ganados, porque naturalmente es pastor, y ni aun tiene idea de los primeros elementos de agricultura; ni siembra, ni planta, ni hace recoleccion, y es tal su incapacidad que ni aun queso ni manteca sabe elaborar: bebe la leche tal cual la naturaleza se la suministra.

Dedicado esclusivamente á la custodia de sus rebaños, es por necesidad diestro y atrevido cazador, y en sus cacerías le sirve de poderoso auxiliar su vista sutil y perspicaz. Sobre un terreno seco donde el elefante no deja huella alguna, en medio de la hojarasca arrastrada por el viento

sabe reconocer la presencia del colosal cuadrúpedo y perseguirle conducido por levísimos indicios, que á veces no son otros que una hoja verde desprendida del árbol, ó una rama desgajada, los que le conducen á descubrir su presa.

La principal pieza del vestido del hotentote es una especie de capa formada de pieles de carnero ó de fieras, cosidas con intestinos: esta capa, llamada *Kerass*, le sirve por la noche de cobertor y por el día de vestido: si hace calor la abre, si hace frío la cierra: cuando está vieja le sirve para cubrir su cabaña, y de mortaja cuando muere: tiene además una especie de delantal que ata al alrededor de las caderas.

El hotentote que representa el grabado es, como puede verse por su pantalón, sombrero y calzado, de los que se hallan en contacto con los europeos, de los cuales ha adoptado algunas prendas de vestir; pero las facciones de su rostro conservan el carácter de su raza.

Las invasiones de los europeos que habían hecho á los hotentotes ir gradualmente perdiendo el derecho de apacentar sus rebaños, les habían reducido poco á poco á una especie de servidumbre muy semejante á la esclavitud ordinaria; pero los ingleses los emanciparon en junio de 1828, y los indios del Cabo, en número de 30.000, han sido admitidos á gozar de los mismos derechos y privilegios civiles y políticos que la población blanca de la colonia.

PARISINA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

XIV.

No la muerte me espanta,
 pues me has visto mil veces á tu lado
 en medio del combate ensangrentado
 contemplar sus horrores
 con semblante sereno y firme planta;
 y ha vertido mas sangre en tu defensa
 el hierro que tus fieles servidores
 de este cinto han quitado,
 que la que al golpe fiero del verdugo
 hoy se verá correr del cuello de Hugo.
 Tú me diste la vida,
 y tú puedes quitármela á tu antojo;
 no te agradezco el don, mi raudó enojo
 jamás la injuria de mi madre olvida.
 Siempre mi corazón tiene presente
 de su amor inocente
 el traidor galardón, su nombre ajado,
 tu vil engaño, y la espantosa herencia
 de oprobio y deshonor con que has manchado
 de un hijo miserable la existencia;
 mas la infeliz murió, y en este día
 vá á gozar en la tumba
 de su hijo y tu rival la compañía.
 Si; su pasión amante
 y mi tronco sangriento y palpitante
 dirán en el imperio del olvido
 á los que habitan su mansion oscura,
 cuales con tu hijo y con tu amada han sido
 tu dulce amor, tu paternal ternura.
 Es verdad, te injurié; para ulcerado
 una injuria con otra te he pagado:
 esta infeliz que miras, para esposa
 me la guardaba el cielo;
 víctima de tu orgullo lastimosa,
 tú la robaste á mi amoroso abuelo;
 tú viste y codiciaste su hermosura,
 y por lograr tu intento
 me echaste en cara el triste nacimiento
 que solo debo á tu pasión perjura.

«Dijiste que era indigno de su mano,
 que nunca á ser su esposa llegaría,
 porque besar tu nombre no podía
 ni de Ferrara el cetro soberano:
 mas cree que si el destino favorable
 hubiese algunos años dilatado
 mi vida hoy miserable,
 yo hiciera que mi nombre celebrado
 por todo el Universo resonara,
 y por la trompa de la fama alzado
 con eterno laurel le coronara:
 yo con mi espada sola
 de Marte en las funciones,
 donde la gloria su pendón tremola,
 ganado hubiera escudos y blasones,
 blasones mas preciados y esplendentes
 que los de tus altivos ascendientes.
 La suerte muchas veces, no al guerrero
 de mas prez y valía
 dá la espuela mejor de caballero;
 pero bien sabes tú cómo la mía
 ha lanzado al combate al potrillo ardiente
 dejando atrás á nobles orgullosos,
 cuando el hierro inclemente
 rompió los escudrones polvorosos,
 y yo clamé inspirado por la gloria
 con resonante voz: «Este y Victoria.»
 No creas que disculpe mi delito,
 ni con lajeza pida
 que algunas horas mas me des de vida;
 ¿por qué don tan mezquino
 recibir de tu mano,
 si al fin he de morir tarde ó temprano?
 aquellas horas de placer divino
 que en el seno del crimen
 encadenado el corazón tuvieron,
 no podían durar... desaparecieron....
 humildes son mi nombre y nacimiento,
 y tu antigua nobleza
 con ceño ha contemplado y sentimiento
 al hijo del error y la flaqueza:
 mas quien vé mis facciones,
 en ellas mira impreso tu semblante,
 y tu espíritu altivo y arrogante;
 tuyo, (no te sorprenda mi osadía)
 son todas mis pasiones;
 tuyo este corazón siempre orgulloso,
 tuyo... por su energía
 mi alma de fuego y brazo vigoroso:
 que la existencia sola no me has dado:
 tú ser, tu mismo ser he recibido;
 y de tan vil amor solo has sacado
 un hijo hasta en lo falso parecido.
 Grande es como la tuya el alma mía,
 pues nunca la manchó mi bastardía,
 y esta sopla vital, don miserable
 que me diste y me quitas irritado,
 sabes le he prodigado
 cuando cubierto de acerada malla
 volé al combate, y en sus iras fieras
 gocé mirando el campo de batalla
 lleno de rotos cascos y banderas.
 ¡Plugiera á Dios que eutontes
 entre su estruendo y su furor sangriento
 al tonco son de los guerreros broncees
 lanzado hubiera el postrimer aliento!
 nombre eterno ganara;
 viera mi sed de gloria satisfecha,
 si entonces acabara
 al rigor de una lanza ó de una flecha!
 y no que ora ¡infeliz! apenas tengo
 valor para morir; pues aunque hiciste
 desdichada á mi madre; aunque has robado
 á mi cariño esta hermosura triste
 que mi dulce consuelo,
 mi tierna esposa hubiera sido un día,
 conozco eres mi padre todavía;

«y tu sentencia adusta
 «no la tengo, aunque tuya, por injusta,
 «Nacido en el pecado,
 «desnudo de inocencia,
 «y á sangriento suplicio condenado,
 «cual empezó concluye mi existencia:
 «los dos erramos; pero en este día
 «dispone la fortuna
 «airada contra mí desde la cuna
 «lave el tuyo y mi error la pena mía.
 «A los ojos de un mundo que no temo
 «es bien horrible el crimen que me aqueja;
 «pero hay un ser supremo
 «que nos ha de juzgar; él me proteja.»

XV.

Dijo, cruzó los brazos sobre el pecho,
 y se oyeron entonces tristemente
 las cadenas sonar que le ceñían;
 y no hubo allí presente
 quien no se contemplara conmovido
 de los pesados hierros al empujado.

Mas tórnase después; la corte entera
 curiosa y palpitante
 entre el horror y lástima examina
 la hermosura fatal de Parisina:
 ¡ay Dios! ¿cuándo creyera
 ver á su tierno amante
 condenado á su vista á muerte fiera?

Pálida, inmóvil; silenciosa estaba
 con los ojos clavados en el suelo,
 ni en torno los giraba
 ni los alzaba al cielo,
 ni los cerró una vez; pero entre tanto
 sus párpados hermosos
 cubrió la palidez, heló el espanto:
 tal vez alguna lágrima abrasada
 de las moradas órbitas salía
 regando la mejilla yerta y fría,
 y en ella se quedaba congelada;
 y todos admiraron
 que pudiesen correr de ojos mortales
 lágrimas como perlas orientales.
 Y quiso hablar, y en vano se esforzaron
 sus labios á exalar un triste acento,
 que la voz ahogada en la garganta
 quedó sin movimiento,
 y solo se escuchó sordo suspiro
 en el que parecía
 que el corazón con misera agonía
 su asiento abandonaba:
 cesó; tornó de nuevo al vano intento,
 y cuando por lograrlo se esforzaba,
 envuelto en un tristísimo gemido
 lanzó largo alarido,
 exánime cayendo al duro suelo
 como mármorea estatua derribada
 de base levantada.

¡Virgen Santa! ¿qué horror! ocupa el hielo
 de su rostro gentil la rosa y nieve;
 miradla, no se mueve:
 sombra de lo que fué, reliquia triste
 de la esposa del duque, mas semeja
 despojo miserable
 que ni alienta ni existe,
 que la mujer frenética y culpable
 sujeta al huracán de las pasiones
 que el corazón la rasgan y la oprimen;
 y en dura lucha, y en combate incierto
 tuvo valor para arrojar al crimen,
 y no para mirarle descubierto.

Mas aun vivía, y demasiado presto
 en sí volvió de su mortal desmayo;
 aun de la vida el rayo
 tornó en ella á brillar, mas ¡cuán fantato!
 vuelve, y no á la razón; intensa pena
 su cerebro y sentidos enagena,

y la agitada mente
 (cual arco por la lluvia humedecido
 lanza mejor la flecha voladora)
 brota de sí con ímpetu ferviente
 mil vagos pensamientos que han nacido
 de la cruda pasión que la devora.
 Con dolorido pecho
 contempla lo pasado y lo futuro,
 solo mira delante un yermo oscuro
 con débil claridad de trecho en trecho:
 así en la noche, errante el peregrino
 vé á la luz del relámpago el camino,
 anhela los reflejos
 de su fogaz y pasajera llama,
 mientras sobresaltado oye á lo lejos
 nocturna tempestad que sorda brama.
 Sintió luego temor, vió con espanto
 del alma la congoja,
 y el corazón en misero quebranto
 marchito y abatido
 como la flor que el ábrigo deshoja;
 vió el cielo por su mal endurecido,
 sufría angustia fiera
 y vergüenza y rubor de su pecado:
 vió que uno iba á morir; pero ¿quién era?
 ¡ay! todo lo ha olvidado:
 ni sabe dónde está; ni que ha pasado;
 ni aunque la luz del día la ilumina,
 distingue la mezuquina
 si son espectros pálidos ó sombras
 los que vé en derredor; que por dó quiera
 vuelve la vista en lágrimas turbada,
 se mira contemplada
 con ceño adusto y frialdad severa;
 para su corazón atormentado
 de angustias y dolores
 es todo confusión, caos horrible
 de vagas esperanzas y temores:
 alternan en su faz causando espanto
 ya la risa, ya el llanto,
 y el sello de la histérica demencia
 grabado en sus facciones,
 demuestra la violencia
 del volcán interior de las pasiones;
 mas el afán, la pena que amargara
 su existencia horrorosa,
 sueño la parecía, ¡ay venturosa,
 si nunca de él á despertar tornára!

XVI.

Se oye en la antigua torre del convento
 de la campana el eco repetido:
 ¡oh! cómo su clamor solemne y lento
 conmueve el corazón, hiere el oído!
 el himno religioso
 del templo entre las bóvedas sombrías
 resuena resposo;
 es canto funeral; piedad implora
 por el que está en la tumba sepultado,
 ó por el desgraciado
 que vá luego á morir; en voz sonora
 la antifona sagrada se levanta,
 y por el bien de un alma ruega y llora:
 sí, por el bien de un alma pecadora
 resuena el bronce, el cenobita canta.

Allí el reo infelice
 hincado está á los pies del religioso;
 espectáculo atroz que á todos dice
 la cólera de un padre y de un esposo:
 en la tierra desnuda
 clavada la rodilla;
 al lado el tajo en que la muerte cruda
 pondrá fin á sus penas, y delante
 la guardia vigilante
 que de inciente acero armada brilla;
 y el verdugo después que desnudando
 el brazo poderoso

por dar mas fuerza al golpe vigoroso,
y la cercana victima esperando
con sereno ademán y aire tranquilo,
del hacha matadora prueba el filo:
en tanto que á sus hábitos sangrientos
cede el pueblo aunque mudo, y desalado
corre á gozar los últimos momentos
de un hijo por su padre condenado.

XVII.

Es la tranquila y regalada hora
que precede del sol á la caída
en tarde del estío encantadora;
y su faz encendida
se muestra en el ceaso mas hermosa
entre nubes cuajadas de oro y rosa:
sus rayos moribundos hieren de Hugo
la fatidica frente,
destinada á las manos del verdugo
por el hado inclemente:
con el semblante inmóvil en el suelo,
olvidado del mundo y los amores,
confiesa humildemente sus errores,
y abiertos los cánceros vé del cielo,
pues resignado espera
sin que la muerte pálida le asombre,
oir la absolucion consoladora
que la mancha mortal lava en el hombre.

Brillaba el rojo sol en su cabeza
cuando atento escuchaba,
y en los dorados rizos del cabello,
que daban sombra á su desnudo cuello,
la luz en vivas ráfagas jugaba;
pero brillaba mas en el acero
del hacha ponderosa
que atroja un resplandor siniestro y fiero.
Amarga y espantosa
fue tal hora en verdad; ninguno pudo
guardar la faz serena;
los que mas rigurosos se mostraron
hondo terror sintieron;
era el crimen atroz, justa la pena:
pero se estremecieron
cuando tal espectáculo miraron.

XVIII.

Ya el rezo fervoroso ha concluido
de aquel hijo traidor y osado amante;
un perdon sus errores dió al olvido,
toca su vida en el supremo instante:
despójale del manto; su cabello
cede al impulso de fatal tijera,
para que el blanco cuello
pueda segar mejor el hacha fiera;
ya está--¡qué horror! ¡oh Dios! la banda hermosa
que Parisina tierna y amorosa
para él bordara un día
no le hará en el sepulcro compañía;
hay que arrojarla á un lado
y sus ojos vendar; mas tanto oprobio
no pudo ya sufrir; y arrebatado
clamó: «Vuestra es mi vida,
«vuestro el aliento mio,
«pero dejad al menos,
«que con ojos serenos
«contemple de la muerte el rostro frío;
«Hiere», dijo al verdugo, y con firmeza
tendió encima del tajo la cabeza.
Tal fue su último acento
«Hiere!»....

Pálida al sol cayó brillando
la pesada cuchilla, y al momento
la cabeza se vió rodar saltando,
mientras cayendo atrás el tronco infirme
grave, desfallecido y lastimoso,
con el humor de las rasgadas venas
manchaba en torno el suelo polvoroso.
Sus ojos y sus labios

tremulos, convulsivos se agitaron,
pero pasó un instante,
y para siempre inmóviles quedaron.

Murió con humildad; sin altanera
pompa ni ostentación, sin aparato;
como siempre el mortal morir debiera:
contrito, arrepentido;
al eco santo, al superior mandato
del ministro de Dios prestó el oído:
cuando estuvo á los pies arrodillado
del prior venerable,
ni una idea mundana y deleznable
turbó su corazón al cielo alzado;
el autor de su vida,
la funesta hermosura tan querida,
en tal hora á sus ojos nada fueron,
porque los dió al olvido
como si nunca hubiesen existido.
Ni el alma le aflijieron
su piedad alarmando y su esperanza
la desesperacion y la venganza;
el cielo fue su solo pensamiento,
la devota oracion su solo acento;
sino es cuando el verdugo compasivo
quiso bendar sus ojos, porque entonces
animoso y altivo
pidió que le dejara
ver la faz de la muerte cara á cara;
y esta súplica triste concedida
no sus labios despues se desplegaron;
fue aquella la postrera despedida
de cuantos el suplicio presenciaron.

XIX.

Mudos, frios, helados
como el yerto cadáver que allí miran
los que delante estan, horrorizados
parece que ni alientan ni respiran:
que un eléctrico hielo
los pechos ocupó cuando cayendo
la segur con violencia despedida,
derribó por el suelo
la miserable victima, poniendo
fin á su amor y término á su vida;
y no rompió el silencio pavoroso
sino el ruido del hacha ensangrentada
que con eco espantoso,
segando la cerviz, quedó clavada;
pues turbado y deshecho
el suspiro doliente
que iba á exhalar cada aflijido pecho
retrocedió del labio de repente.
Solo se oyó una voz...? Quién rasga el viento
con misero lamento?
agudo con frenético alarido
de cariñosa madre que demente
á su niño querido
mira espirando en súbito accidente,
sube el amargo acento al alto cielo
como el grito de un alma condenada
á tormentos sin fin, á eterno duelo.
Aquella voz horrible y alterada
penetra la entrecabierta celosia
de la regia mansion donde Azo mora,
y suena tronadora
derramando el espanto y la agonía.

Tremulos y confusos se volvieron
damas, señores, guardias y donceles
á mirar y escuchar; mas vanamente
porque improvisamente
la voz y quien la dió desaparecieron.
Fue el ¡ay! de una mujer; y nunca, nunca
con mas horrible grito
han mostrado su afán y desventura
la desesperacion y la locura;
porque sonó aquel ay tan lastimero
que todo el que suspenso le escuchaba,

deseó por piedad fuese el postrero
de la boca mortal que le lanzaba.

XX.

Y Hugo murió por fin; mas desde entonces
ni del palacio en la soberbia estancia,
adornada de mármoles y broncees,
ni en la frondosidad y la fragancia
del bosque: y del jardín, à Parisina
se vió ni oyó jamás; su mismo nombre
de ninguno escuchado,
por nadie proferido,
se hundió en eterno olvido;
cual si solo el mentarle derramase
mortífero veneno;
y el aire do sonára se mostrase
de maldicion y de ignominia lleno.
Nadie al príncipe oyó con voz llorosa
hablar jamás de su hijo ni su esposa,
ni les alzó sepulcro, ni à su muerte
para eterna memoria,
àurea inscripcion en lamentable historia
contó su amarga suerte:
ni sus cuerpos con canto lastimoso
fueron püestos en tierra bendecida,
al menos el del triste caballero
que aquel día de horror perdió la vida,
porque el fin de su cómplice en silencio
yace oculto y callado
cual polvo frío en atahud guardado.

Ninguno saber pudo
si en santo monasterio retirado
con lágrimas, cilicios y abstinencia
labando el estravio y la licencia,
puesta à los pies del Salvador divino
de la eterna salud buscó el camino;
ni si yerro, ponzoña ò lazo estrecho
que ministró en secreto mano impia
dieron venganza al profanado hecho
en la tremenda noche de aquel día;
ni si el rigor de rápido accidente
acabó heramente,
cual si la misma muerte así quisiera
compasiva y piadosa
con agonia leve y pasagera
terminar el afán de aquella hermosa.
Ninguno lo ha sabido;
su suerte es un arcano,
y fuera intento vano
quererlo descubrir; queda sumido
en silencio profundo,
y solo sepa el mundo
que dió à questa infeliz la suerte dura
tras de culpable vida muerte oscura.

XXI.

Y Azo buscó otra esposa, y à su lado
crecieron niños bellas;
pero ninguno de ellos
como el que duerme en el sepulcro helado;
y si eran tan hermosas,
al menos él con fría indiferencia
los vió crecer, mirando sin cariño
los juegos de su dulce adolescencia:
jamás se vió su pálida megilla
regada en tierno llanto;
nunca de la sonrisa el dulce encanto
disipó las tinieblas de su frente,
de su frente sombría
dó la cavilacion que le ocupara
en intrincadas rugas se mostrara;
surcos que abre en las sienes con su reja
del temprano dolor el hondo arado;
cicatrices del alma que allí deja
el combate interior que ha reportado.
Insensible al dolor y la alegría,
tan solo le quedaba

en pos de noche insomne amargo día;
muerto al desprecio y al cariño muerto,
aislado el corazon intransitable,
jamás se mostró abierto
de la piedad al grito respetable;
mas dentro del inestinguible hoguera
ardía de continuo:
el brazo riguroso del destino
à sufrir y callar le condenaba,
y mas sufría cuanto mas callaba.
Así en diciembre endurecido el hielo
ata el puro cristal del arroyuelo,
y aunque inmóvil parece su corriente,
veloz se precipita
y bajo de su velo transparente
las verdes yerbas en el fondo agita.

Su oscuro seno ocupan entretanto
pensamientos de horror y de amargura
que no es dado arrancar aunque del llanto
cegar se quiere la corriente pura:
como cuando à los ojos de repente
asomarse las lágrimas sentimos,
y con costoso afán las impedimos
que rieguen nuestra faz: entonces ellas
no se secan allí; rápidamente
tornan al manantial donde han nacido,
y en él se depositan al momento
puras, ricas y bellas:
lágrimas de placer que nunca han sido
vistas, acompañadas ni sentidas,
que nunca con sus alas tocó el viento,
y cuanto mas ocultas mas queridas.

Con eruda sensacion que le quedara
solo para que misero llorara
las que había perdido;
sin poder ocupar con cosa alguna
el yermo de la vida enristecido
por el rigor de la áspera fortuna;
y hasta sin esperanza
de ver à sus dos victimas felices
del cielo en las moradas prometidas
dó las almas del yerro arrepentidas,
disfrutarán eterna bienandanza
sin que de su existencia,
turbasen los instantes
pesar, recordimientos ni dolores:
creyendo siempre justa su sentencia
y que fueron los miseros amantes
de su propio infortunio los autores:
así vivió; como el mortal sereno
que al chivo agudo del dolor resiste;
pero fue su vejez amarga y triste.

Puedén del roblo añoso
las ramas desecadas
por el prudente labrador podadas
tornar à desplegar verdor frondoso;
mas si el rayo del cielo
que de cárdena nube se desata
sus brazos rasga en inflamado vuelo,
y la vida y el ser les arrebatá,
desando el tronco lánguido fallece,
y nunca en nuevas hojas reverdece.

H. V.

